

1610. Tomas sorprendió á Turin, pero las contestaciones que se suscitaron impidieron sitiar la ciudadela en que Madama se habia refugiado. Los Franceses volaron á socorrerla; Casale tornó á ser campo de terribles batallas, el conde de Harcourt y el mariscal de Turena alcanzaron allí inmortal fama. Tomas, despues de un sitio memorable, tuvo que entregar á Turin, y la mano de Richelieu suscitó enemigos á España en Cataluña, en Portugal y en el pequeño principado de Mónaco, que habiendo degollado la guarnicion española, admitida por Luis Lando, tutor de Honorato II, Grimaldi recobró su independencia. Sin embargo, Cristina no consintió jamas en llevar á Francia á sus hijos, y se reconcilió con sus cuñados luego que estos conocieron cuán caro se compra un trono recurriendo á la intervencion extranjera. En el tratado de Turin fué reconocida como tutora;

1642. Mauricio, dejando el cláustro, gobernó ó mas bien reinó en Niza, Tomas en Ivrea y Biella, Luis XIII los tomó bajo su proteccion y les pagó un estipendio, con tal que se declarasen contra España; y por el tratado de Valentino cedió todas las plazas que tenia ocupadas, excepto la ciudadela de Turin.

Sin embargo, la calma no se restableció en el Monferrato, que Carlos de Nevers habia encontrado asolado por amigos y enemigos, por la guerra y la peste. Habiendo muerto su hijo, le sucedió su nieto Carlos II (ó III) bajo la tutela de la madre, á quien el gobernador, duque de Caracena, prometió ceder la disputada Casale apenas se hubiese apoderado de ella, si consentia en separarse de la alianza de Francia. Lo hizo así, y ayudó á tomar aquella ciudad, que perteneció de consiguiente á los Españoles, mientras que Francia, agitada por las guerras de la Fronda, perdía tambien á Piombino y Portolongone, que habia ocupado poco ántes. Pero en cuanto Mazarino triunfó de aquellas turbulencias, restableció las cosas en su anterior estado, y celebró la paz de los Pirineos. Hablóse en ella de los Italianos solo en calidad de amigos ó enemigos de las dos potencias, y se decidió que entre Saboya y Mantua rigiese el tratado de Cherasco; que el príncipe Grimaldi de Mónaco sería perdonado y entraria en posesion de sus dominios; en fin, que el rey cristianísimo devolvería al monarca español las plazas de Mortaza y Valenza á orillas del Pó.

1663. Pero Mantua estaba destinada á ser la causa de que no se pudiese asegurar la paz de Italia en aquel siglo. Carlos III, que heredó tambien el ducado, siendo aun niño, contrajo, al adelantarse en años, los vicios de sus padres, y disipando el dinero en fiestas, y la salud en los placeres, perdió la esperanza de tener hijos. Por esto tornó á suscitarse la cuestion de sucesion; y pareciendo que la mujer del duque de Lorena, hija de la emperatriz, estaba llamada á heredar el Monferrato, el emperador comenzó á intrigar para asegurarle su posesion en vida del duque. Este, atribulado por los muchos

que codiciaban la presa, mostró inclinarse á Luis XIV, y envió al conde Jerónimo Mattioli, natural de Bolonia, revestido de plenos poderes para arreglar el asunto con Louvois, quedando convenida la entrega de Casale á Francia. Pero á su vuelta, el desleal Mattioli manifestó el tratado al conde de Melgar, gobernador de Milan: entónces Louvois, viendo frustrados sus proyectos, le tendió un lazo; habiendo logrado cogérle, le hizo encerrar en Pinerol, y trasladar luego de cárcel en cárcel, acompañado de Saint-Mars, á quien estaba encargada su custodia, hasta que murió en la Bastilla el año de 1703. Créese que Mattioli fué el misterioso personaje de que tanto se ha hablado, conocido con el nombre de *Máscara de hierro* (1).

El tratado no tuvo efecto, pero no se calmó la avaricia de Luis XIV, y empleando aquel rey ora las lisonjas, ora las amenazas, indujo al duque de Mantua á dejar que Catinat pusiese guarnicion en la fortaleza de Casale. Despues, cuando estalló la guerra, el comandante frances mandó prender al Mantuano, y de este modo Casale permaneció en poder de los Franceses hasta 1695.

CAPÍTULO XXXIV

Estado Pontificio.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian sin embargo sus rentas bien distantes de un Estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera que en 1635 ascendian á 30.000,000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del Catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion impedían á los papas dar princi-

(1) De las *Mémoires secrètes pour servir à l'histoire de France*, que es una historia de los primeros años de Luis XIV, sacó Voltaire la especie de que la *Máscara de hierro* era el conde de Vermandois, hijo de Luis de la Valliere, el cual no habia muerto, segun se hizo circular, sino que se le habia castigado de aquella manera por haber insultado al delin. J. Delort, en su *Histoire du Masque de fer*, 1823, cita la correspondencia ministerial, de la que aparece no haber sido otro sino Mattioli. El mismo año se publicó el *Homme au Masque de fer*, obra póstuma de Taulés, donde se sostiene que era Arwedik, patriarca de los Armenios, el cual, habiendo tenido una disputa con los Jesuitas, fue arrebatado por los Franceses en Chio, y se necesitaba guardarle con gran secreto para no excitar la justa indignacion. Las tres suposiciones son verosímiles; y todavia mas la que lo hace figurar como hermano gemelo de Luis XIV, cuya presencia hubiera alterado la tranquilidad pública: en todo convendrá desechar la multitud de pormenores novelescos de que se ha revestido aquella prision.

pados á sus sobrinos; pero les prodigaban riquezas; no era esto, á la verdad, un robo hecho al Estado, pues solo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 689,727 escudos en dinero, 24,600 en valores de los montes; empleos cuya adquisicion hubiera costado 268,176 escudos; y ademas regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la envidia que hubiera podido producir tanta opulencia, con su esplendidez y generosidad. Se calculó que tres hermanos Barberini recibieron 105.000,000 durante el pontificado de Urbano VIII; el cual, habiendo preguntado á una comision cuánto podia dar el papa, obtuvo por respuesta, que al papado iba necesariamente unido un principado temporal, y que de este podia dar con toda liberalidad á su familia, fundar un mayorazgo de 80,000 escudos de renta líquidos, y dotar doncellas hasta el valor de 180,000 escudos (1).

Con el dinero ó por medio de matrimonios, se proporcionaban tambien señoríos, ó se los concedian los reyes para ganarse el afecto de los papas: Ludovisi recibió de los Esforcia el principado de Fano, de los Farnesios el de Zagarolo, y por matrimonio los de Venosa y Piombino. Cuando la familia Della Rovere, que reinaba en Urbino, se extinguió, los parientes instaban, los consejeros persuadian, y los poderosos toleraban que Urbano VIII invistiese de aquel feudo á sus sobrinos; supo, sin embargo, resistirse, y reunió el ducado al patrimonio de la Santa Sede. Solo dió á su sobrino Tadeo el empleo de prefecto de Roma, hereditario en la casa Della Rovere, y que ademas de las consideraciones, producía 12,000 ducados anuales.

Todas aquellas familias habian establecido montes ó préstamos, asignando el pago á los acreedores sobre las rentas de sus bienes. Las tierras de Castro y de Ronciglione estaban hipotecadas para satisfacer las deudas contraidas por los Farnesios con motivo de la guerra contra los Españoles. Esta familia prevalecia entre las nuevas por la importancia de su principado; y habiendo llegado á disminuirse sus rentas por haber adoptado el papa medidas en su contra, los arrendatarios, á instancia de los Barberini, que ambicionaban aquellas posesiones, rescindieron el contrato y reclamaron una indemnizacion. Pareció esta buena ocasion á Urbano, el cual ocupó á Castro, excomulgó al duque Odoardo, é hizo adelantar tropas para arrebatárselo á Parma y Plasencia. Odoardo se dispuso para la defensa; y Módena, Parma, Florencia y Venecia, envidiosas del engrandecimiento del pontífice, tomaron las armas contra él. En aquella guerra hubo poca actividad; pero no

dejó de causar grandes perjuicios al país; pues á los males ordinarios se añadió la audacia de los jefes de bandas, que enarbolando la bandera de alguna de las partes beligerantes, cometian crueles robos. La mediacion de la Francia produjo la paz, que volvió las cosas á su primer estado; pero la guerra habia costado 12.000,000 al gobierno pontificio y el papa quedó humillado.

Este fué un motivo mas de ódio contra los Barberini, á los que se acusaba de la empresa y de su mal éxito: por tanto, se estaba sobre aviso para no elegir á un papa de su faccion; y gracias á los Médicis, la eleccion recayó en el cardenal Juan Bautista Panfilí, que adoptó el nombre de Inocencio X. Pidióse cuenta á los Barberini de sus malversaciones, por culpa de las cuales se debian gastar en intereses 1.300,000 escudos de oro al año, sin quedar mas que 700,000 escudos para las necesidades del Estado, al paso que ellos se habian formado una renta de medio millon. No teniendo nada que contestar, huyeron á Francia, y sus palacios y montes fueron secuestrados; pero despues consiguieron, por mediacion de Francia y de Olimpia Maldachina, que se les absolviese, como acontece comunmente con los grandes ladrones.

Semejante rigor prometia un papa sin tacha, tanto mas cuanto que siempre se habia manifestado avaro de gracias, y se le llamaba en la dataría *Monseñor no se puede*. Economizó, en efecto, pero no pudo resistir al ascendiente de Olimpia, la cual casándose con el hermano del pontífice, habia dado importancia á la familia de los Panfilí en razon de su rico dote. Poderosa por gratitud, recibia visitas de los embajadores, regalos de las córtes extranjeras, y de las personas que querian obtener empleos. Casó á sus hijas con individuos de las familias Ludovisi y Giustiniani, y á su hijo Camilo con una heredera de la casa Aldobrandini, que, hermosa y de talento, disputó el dominio á su suegra. Aquellas intrigas de familia y las rivalidades y amistades domésticas perjudicaron en gran manera al crédito de Inocencio (1). Por lo demas, pasando de setenta años, conservó no obstante, su laboriosa lealtad; obligó á los ricos á pagar lo que debian á los pobres; estableció el orden y la seguridad en Roma, y hasta pensó en reformar las instituciones monásticas. Como no causaba recelo á los príncipes italianos, logró un feliz éxito en todo aquello en que se habia estrellado el ímpetu de su predecesor; pues habiendo sido asesinado en el camino Cristóbal Giarda, que él mandaba de obispo á Castro, é imputándose este crimen al duque Ranuccio II Farnesio, que se encontraba indispuerto en la corte de Roma, el papa hizo atacar la ciudad, que quedó destruida, y erigir en su

(1) Se le ataca sobre todo en una biografía de aquel pontífice, escrita por Gregorio Letti, y en la que la credulidad se une á la mentira.

(1) Los datos pueden verse en RANKE.

1644.

Inocen-
cio X.
1614.
Agosto.Cristó-
bal.
Giarda.
1617.

lugar una columna con esta inscripción: *Aquí fué Castro*. Entonces Ranuccio cedió aquel país y también a Ronciglione, aumentándose de este modo los dominios de la Santa Sede.

1635.
5 de
enero.

Cuando murió Inocencio, no hubo nadie que quisiese hacer los gastos de su funeral. Las rivalidades de Austria y de Francia, que les habían puesto las armas en la mano, tenían también por teatro el cónclave: cada una de aquellas potencias quería para papas a una de sus hechuras, y surgía entre ambas un tercer partido, llamado *escuadra volante*, que demasiado débil para ascender un candidato al trono, era suficiente para excluirle. Después de tres meses de innoble lid, quedó la victoria á favor de Fabio Chigi, que adoptó el nombre de Alejandro VII. Había declamado contra el nepotismo, y prohibió que su hermano y sus sobrinos se presentasen en Roma; pero después, la costumbre ó la adulación le indujeron á colocar á su lado un sobrino, á quien tenían que confiar los embajadores los asuntos que por lo común se confiaban á los ministros. El sobrino cardenal no era, pues, mas que un ministro de relaciones extranjeras, como hay en otros países, y dejaba muchas cosas que decidir á la congregación del Estado. El papa se dedicó á la literatura y á las fábricas; pero la muerte le impidió llevar á cabo los muchos proyectos que había concebido.

Alejan-
dro VII.

Cle-
mente
IX
1667.
Mayo.

Clemente IX (Julio Rospigliosi) abolió el impuesto sobre los granos, rescatando el arriendo con las economías de Alejandro VII, á quien tuvo la generosidad de atribuir aquel beneficio. Trató de hacer que prosperase el comercio. Visitaba á menudo los hospitales, y no por simple curiosidad ú ostentación; todos los días servía en persona á doce peregrinos. No destituyó á los empleados del reinado anterior, y favoreció poco á sus sobrinos; todo lo cual constituyó lo que pueden llamarse sus virtudes privadas y negativas. La toma de Candía, que había querido evitar con tanto esfuerzo, aceleró su fin. Después de cuatro meses y cuatro días de tempestades, fué proclamado, con el nombre de Clemente X, Emilio Altieri, anciano de ochenta años; como no tenía sobrinos se los creó, adoptando la familia Paluzzi, que al momento invadió todos los empleos; pero no los enriqueció sino de su peculio, y aun hizo economías para aliviar al pueblo.

Cle-
mente
X.
1669.
9 de
diciem-
bre.

Había entonces en Roma cincuenta familias que contaban mas de trescientos años de nobleza; treinta y cinco mas de doscientos, y diez y seis mas de un siglo. Los Gonti, los Orsini, los Colonna, los Gaetani, contaban una remota antigüedad, como también los Savelli, que todos los años libertaban á un sentencedo á muerte, y cuyas mujeres no salían sino en coches cerrados. Aquellas familias abandonaron el campo, donde por lo común vivían, para ir á Roma cuando los montes daban ricos productos; pero habiéndose disminuido tanto el crédito como los intereses de estos establecimien-

tos, comenzaron á declinar. Las casas que los prelados y cardenales sacaban de la nada, se unían con las susodichas por los vínculos del parentesco; otras ocupaban puestos lucrativos; gente nueva que trataba de eclipsar á la antigua nobleza, resultando quisquillosas rivalidades de preeminencia y ceremonias, como detener el carruaje al ver el de un personaje de clase superior, abrir las dos hojas de la puerta ó una sola al introducirlos, ceder el paso á las comitivas. Tantas familias de magnates daban á Roma el aspecto de una ciudad de príncipes; en efecto, cada cardenal sostenía una verdadera corte, como asimismo los Barberini, los Farnesios, los Chigi, los Panfilii y otros señores tanto antiguos como modernos. Á porfía ostentaban el fausto; no queriendo ceder á estos los embajadores extranjeros, Roma llegó á ser el teatro donde las potencias desplegaban su magnificencia, pues los embajadores no solo tenían una numerosa servidumbre, sino guardias de á pié y á caballo. Cada corte contaba, para proteger sus intereses, con uno ó mas cardenales, que se ocupaban de consiguiente en intrigas, cuidando poco de los intereses de la Iglesia. No era posible que la púrpura dejase de adquirir un brillo profano, cuando se le veía figurar en los consejos de los reyes, al frente de los ejércitos y en el gobierno de las provincias. Con ella se adornaban los hijos segundos de las familias de los príncipes, que á veces la dejaban para reinar.

¿Qué rigor en la disciplina podía esperarse con semejante estado de cosas? Las ideas aristocráticas del siglo infestaron hasta la misma Roma, y Alejandro VII pensaba que debía agradar mas á Dios ó ser mas digno de él verse servido por personas bien nacidas; los clérigos eran preferidos á los frailes; los cardenales salían con una comitiva de bravos famosos, y sus parientes adoptaban cierto aire de altivez. Fernando de Médicis, que después fué duque, y no era aun mas que cardenal, había disgustado con sus orgías y arrogancia á Sixto V, tanto que el pontífice resolvió ponerle preso. Envióle á llamar, mandando que se le prendiese á la salida del palacio. Fué Fernando; pero al inclinarse, dejó ver bajo la púrpura una coraza y una daga, y contestó á la pregunta que le dirigió el papa con este motivo, que la púrpura era el traje de cardenal, y la coraza el de príncipe italiano. Amenazóle el pontífice con *quitarle de la cabeza el capelo rojo*; pero informado de que había hecho ocupar por su gente los alrededores del Vaticano, le dejó ir sano y salvo (1).

(1) En el Archivo médico, entre las *carte stroziane*, sobre 320, hay un manuscrito, con el título de *Relazione anonima della entrate, spese, forze e modo di governo di tutti i principi d'Italia*, perteneciente también á la primera parte del siglo XVII. Según ella, Sixto V tenía depositados en el castillo de Sant'Angelo 3.000.000 de oro para recuperar lo que la Iglesia había perdido, y la renta del Estado pontificio era de 2.000.000 de oro; la cual correspondería hoy á 28.000.000 de francos, y entonces hubiera ascendido al doble, si en los Estados del papa hubiesen existido las gabelas que se cobraban en

La administración estaba á cargo de los prelados; según los términos de un reglamento de Alejandro VII, era preciso contar, para llegar á ser refrendario de los sellos, veintinueve años, tener el grado de doctor en derecho, haber practicado tres años con un abogado, y poseer 1.500 escudos de renta. Aquel cargo servía de paso para obtener el gobierno de una ciudad y de una provincia, alguna nunciatura, un empleo en el tribunal de la Rota ó en las Congregaciones; con lo que se contraían méritos para ser cardenales y legados, elevadas dignidades que reunían al poder espiritual el temporal, aunque modificado en la Romanía por privilegios municipales que aun no habían caído en desuso. En el naufragio de la hacienda pública, todos procuraban adquirir lo que podían del patrimonio del Estado. Los empleos y cargos eran considerados como instrumento de provecho personal ó de codicia. Además de lo que producían los cuatro meses de vacaciones del tribunal de la Rota, se dice que no había

los demás principados. No iba comprendida en aquella suma la renta libre y particular del pontífice, que se componía de las rentas de la dataría y de los oficios vacantes. Si Urbano é Inocencio habían debido constituir tantos débitos, necesario es creer que se gastaron los millones de Sixto. Aquel Estado, según la *Relacion*, ponía sobre las armas 70.000 infantes y 45.000 caballos, en esta forma:

Umbria.	Infantes. 10,000	Caballos. 3,000
Romanía.	» 20,000	» 4,000
Marca (bravos y gentes de armas).	» 15,000	» 2,000
Bolonia y Ferrara.	» 25,000	» 6,000
Total.	Infantes. 70,000	Caballos. 15,000

En el mar cinco galeras; pero podía armar ocho.

En 1675, ocho años después de muerto el papa Alejandro, Gregorio Letti (tom. II de la *Italia regnante*) asignaba al Estado pontificio la renta de 3.000.000 de escudos; y enumerando las fuerzas de las diferentes provincias y los cañones de las fortalezas, presentaba estas cifras:

Hombres aptos para llevar las armas.	400,000
De guarnición, entre infantes y caballos.	4,000
Ejercitados en las armas, y siempre dispuestos y obligados á marchar á la guerra, pero residentes en sus casas y sin mas paga que algunos privilegios.	80,000 infantes, 3,500 caballos.

De los cuales puede armar, sin gravámen de los súbditos, y pagar, en caso de guerra, además de los que estén de guarnición.

30,000	» 3,000
--------	---------

Además de las armas de esto 83,500 hombres ejercitados, había en las fortalezas de Ferrara y Bolonia, en el castillo de Sant'Angelo, en el Vaticano, Ancona y Ravena, para otros 60,000, y municiones en abundancia. Las armas se fabricaban en el Estado, y especialmente en Tivoli; Alejandro VII había establecido y dotado una fábrica. En Civita-Vecchia, además de muchas municiones, existían doce galeras bien armadas. « Con todo esto, decía Letti, es preciso ser buen príncipe, y no simple sacerdote, pues de la calidad del pecho y del valor del papa depende la primera fuerza del Estado. »

Reuniendo Letti todo lo que parcialmente había escrito sobre los diversos príncipes de Italia, suponía á aquella península no tan populosa como hoy:

Hombres aptos para manejar las armas.	1.972,000
En servicio, y obligados á ir á la guerra.	360,000 infantes, 32,000 caballos.
De guarnición, á pié y á caballo.	27,400
Milicias que pueden tomarse á sueldo sin gravámen de los súbditos, sobre la suma de 401,700.	149,500 infantes, 16,000 caballos.

En el mar cien galeras, y catorce buques de vela bien armados.

auditor que no recibiese en Navidad por valor de 500 escudos de aguinaldos. Los favoritos no solo recibían buenos regalos de las personas que aspiraban á gracias, sino que se reservaban asignaciones sobre los empleos que hacían obtener, ó por la justicia que se administraba ó se eludía por influjo suyo. Á veces á los beneficios conferidos se unía la obligación de una renta en favor de algun individuo de la corte. Las cosas llegaron al punto de que nadie aceptase los ricos obispados de Urbino, Ancona y Pésaro, por hallarse excesivamente recargados de contribuciones y reservas.

Resultaba de esto que eran buscados los empleos por los ricos como una ventaja personal; que se eternizaban los procesos, que no se oían las apelaciones; el cardenal Sacchetti escribía á Alejandro VII: « Estos son males peores que las plagas de Egipto. Pueblos no conquistados » por la espada, sino que han entrado bajo la » autoridad de la Santa Sede, por donación de » los príncipes, ó por voluntaria sumisión, son » tratados con más inhumanidad que los esclavos en Siria y África. ¿Quién puede oír semejantes cosas sin derramar lágrimas (1)? »

No había comercio, y toda la ciencia estadística se limitaba á contraer deudas, establecer nuevos montes, aceptando hasta acreedores extranjeros; de suerte que todos los años solo á Génova se enviaba una suma de 600,000 escudos. El poder de los establecimientos mercantiles crecía considerablemente, en atención á que tenían las cajas, recaudaban los impuestos, prestaban dinero, y conseguían así apoderarse de los empleos civiles y eclesiásticos. Decayo la agricultura, primero por la acumulación de las pequeñas propiedades en las familias ricas, después por la destrucción de los bosques, que comenzó Gregorio XIII, para atender al cultivo de los granos, y continuó Sixto V, para libertar al país de salteadores. El aire se maleó, sin que se aumentase la producción; al paso que crecieron los rigores contra la exportación, los poderes del prefecto de las subsistencias, y la miseria común.

Continuaba afluyendo á Roma dinero por la provision de los beneficios; pues aunque en Francia y Alemania estaba reservado este punto al rey ó á los cabildos, en España y en Italia seguía siendo un derecho pontifical muy lucrativo.

Los papas gastaban mucho en edificios: Clemente VIII arregló las habitaciones del Vaticano; Paulo V, no solo terminó á San Pedro, sino que allanó y ensanchó calles. Construyó en Santa María la Mayor la capilla que lleva su nombre, y condujo desde la distancia de treinta y cinco millas al Janículo el agua Paola; Gregorio XV concluyó lo interior de la hermosa quinta; debiéronse á Urbano VIII varias iglesias y fortificaciones; á Inocencio X la plaza Navona

(1) AD. ARCKENHOLZ, *Vida de la reina Cristina*, t. IV, app. 32.

y la quinta Panfilii; á Alejandro VII la plaza Colonna, la Sapienza, con un jardín botánico y un anfiteatro de anatomía, la columnata de San Pedro y el arsenal de Civita-Vecchia. Aquel papa enriqueció también la Biblioteca del Vaticano. Desgraciadamente los nuevos edificios se construían á veces con los despojos de los antiguos. Los Borghesi estaban autorizados para demoler donde creyesen necesario; así perecieron muchos monumentos; las termas de Constantino fueron destruidas en tiempo de Paulo V, para formar el palacio y el jardín; al querer quitar del templo de la Paz la columna que existe en la plaza de Santa María la Mayor, la bóveda que se apoyaba en ella vino al suelo. En tiempo de Urbano VIII, el bronce del Panteon fué entregado á Bernini para que hiciese el artístico púlpito de San Pedro, y se trataba de demoler el mausoleo de Cecilia Metella, para aprovechar los materiales en la construcción de la fuente de Trevi; pero el pueblo se opuso á viva fuerza, y Pasquin exclamaba: *Lo que no hicieron los Bárbaros lo hacen los Barbarini.*

Reunían no por pasión ó deseo, sino por diversion y pompa, libros, manuscritos, medallas y cuadros; se multiplicaron las academias; pero el amor á las antigüedades había perecido; la literatura divagaba, y no se conocía la filosofía. No se vieron tampoco grandes teólogos; solo los extranjeros esgrimieron armas en la cuestión del jansenismo, que puso en tela de juicio los derechos de la Santa Sede, y fué señal de una nueva oposición.

La corte en Roma había resucitado sus antiguas pretensiones sobre las inmunidades de jurisdicción; pero los príncipes estaban cada vez menos dispuestos á reconocerlas. El imperio y la misma España trataban de disminuir la independencia de los nuncios; Francia les arrebató los asuntos matrimoniales, los excluía de los procesos criminales, enviaba sacerdotes al suplicio sin degradarlos antes, y publicaba edictos sobre la herejía ó la simonía; Venecia limitaba los nombramientos reservados á Roma. De este modo, hasta los príncipes católicos se hacían cada vez mas independientes en materias eclesiásticas, y el papado tuvo desde entonces que defenderse de ataques siempre nuevos, en los que la opinión estaba subordinada á la política.

Inocencio XI (Benito Odescalchi), proclamado por el pueblo durante el cónclave, experimentó mas que nadie las consecuencias de aquel triste estado de cosas. Exhortó varias veces á Luis XIV á que no diese oído á los aduladores, ni atentase á la libertad de la Iglesia; concedió asilo á los obispos perseguidos por aquel rey, aunque usen jansenistas; pero la Iglesia Galicana se había convertido en vasalla del monarca, y va hemos visto cómo se portó este con el papa en el asunto de las franquicias y de la regalía. Para adular al rey, los Franceses denigraron la memoria de Inocencio XI; pero el pueblo le consideró un Santo, y la posteridad le mira

Inocencio XI.
1667.
Julio.

como uno de los pontífices mas justos y desinteresados.

Las rentas ascendían entonces á 2.400,000 escudos, comprendiendo la dataría y los productos casuales, y el excedente de los gastos llegaba á 170,000 escudos. No evitó, pues, Inocencio la bancarota sino mostrándose rigoroso consigo mismo. Abolió gran número de abusos y exenciones, y disminuyó el interés de los montes. Íntegro en extremo y superior á bajas complacencias, quiso promulgar contra el nepotismo una bula que suscribiesen todos los cardenales; pero no pudo conseguirlo. Dedicóse á lo ménos á mejorar por medio de decretos las costumbres. Mandó que las mujeres anduviesen cubiertas hasta el cuello y los puños, y que los hombres no enseñasen música á las jóvenes; prohibió las ruidosas mascaradas, é hizo cubrir con un velo la parte del mausoleo de Paulo III que ofendía al pudor. Condenó sesenta y cinco proposiciones de moral relajada, sacadas de diferentes casuistas y defensores del probabilismo.

Cumplía el Veneciano Pedro Ottoboni setenta y nueve años cuando fué proclamado papa bajo el nombre de Alejandro VIII, y en sus veintiseis meses de pontificado se apresuró á enriquecer á sus sobrinos. Disponíase cuando murió á desaprobar explícitamente los actos de la asamblea del clero frances de 1682; y como convenia mucho á esta tener un papa de su partido, hubo un escandaloso conflicto que duró cinco meses, y terminó con la elección de Antonio Pignatelli, natural de Nápoles, bajo el nombre de Inocencio XII. Ocupóse este papa en arreglar la justicia, hizo firmar á los cardenales una bula que condenaba el nepotismo, y dijo que sus sobrinos eran los pobres.

Juan Francisco Albano, de Pésaro, que despues de haber rehusado mucho tiempo la tiara, la admitió al fin con el nombre de Clemente XI, continuó mostrándose muy económico en su modo de vivir: no quiso ver en su corte á ninguno de sus parientes, y les prohibió aceptar títulos ni regalos; los que deseaban agradaerle tenían que obrar del mismo modo. Por lo demas, prosiguió los estudios que habían formado las delicias de su vida privada, y terminó la funesta diferencia relativa á las ceremonias chinas, como también la cuestión del jansenismo, tanto como es posible hacerlo pronunciando una sentencia. Erigió varios hospitales, una casa para los eclesiásticos extranjeros, otra para los obispos de Mesopotamia que andaban fugitivos; graneros capaces; una nueva puerta; acueductos en Roma y Civita-Vecchia, fortalezas para defender de los Berberiscos las costas; reparó caminos, desecó pantanos, é hizo restaurar el Panteon, trofeo de la victoria de Cristo sobre los falsos dioses. Viendo que los jóvenes, aunque se les tenía separados de los adultos en las cárceles, salían peores de lo que habían entrado, hizo añadir al edificio de San Miguel á orillas del Tíber, con arreglo á

Alejandro VIII.
1689.
Agosto.

Inocencio XII.
1691.
1.º de febrero.
Clemente XI.
1701.
Octubre.

los planos de Fontana, una casa de corrección para los delincuentes que aun no hubiesen cumplido veinte años. Además de las habitaciones de los carceleros y de un eclesiástico, había allí trescientas celdas que formaban tres pisos en derredor de una gran sala, en cuyo fondo se veía una pequeña capilla y el altar. Un prior estaba encargado de la instrucción moral y religiosa de los presos, y artesanos de conocida probidad les enseñaban oficios. Los padres podían encerrar á sus hijos en aquella casa, donde se trataba de corregirlos con el látigo y la predicación. Aquella penitenciaría que precedió á los ensayos, objeto hoy de los esfuerzos de todo buen gobierno, subsistió ochenta años.

Clemente XI envió cinco misioneros á Persia y dos á Abisinia, y comprometió á Luis XIV á obtener de los Turcos mejores condiciones para los Armenios y demas Católicos de Levante. Tuvo la satisfacción de ver á varios prelados de la Iglesia Griega reunidos á la Latina, cuyos intereses vigilaba acerca de todas las potencias; pero sus buenos oficios encontraron obstáculo en una guerra que trastornó de nuevo toda la Italia.

CAPÍTULO XXXV

Influencia de Luis XIV. — Mesina y Génova. — Los Barbettini. — Sucesion española.

Los males de Nápoles eran comunes á la Sicilia: podían considerarse ambos pueblos como dos cadáveres atados al mismo patíbulo. Poco antes de la insurrección de Masaniello, estalló una en Mesina y otra en Palermo á causa de las gabelas, apaciguada primero con la seducción y despues con el terror. No tardó mucho sin que el hambre impulsase de nuevo á la rebelión á aquel granero de Italia, y el pueblo de Palermo pedía á gritos la abolición de los derechos sobre los comestibles. Concedióle el virey marques de los Vélez lo que pedía, mas sabiendo la plebe el valor de semejantes promesas, y viendo el apoyo que le prestaban el clero y los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro llamado José Alessi, el cual reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones, proponiendo reformarlas en sentido republicano, y arrojando á los Españoles. Pero como se opusiese Alessi al saqueo del palacio del virey fugitivo, perdió la confianza del vulgo, enemigo de la moderación, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle, en union de otros jefes. Mostrábase siempre la nobleza contraria á tales sublevaciones, sea porque, como clase privilegiada, estaba exenta de muchas de aquellas cargas, ó porque, teniendo capitales en los bancos públicos, trataba de evitar cuanto pudiese perjudicarles; ó finalmente, porque los empleos y cargos honoríficos que obtenían sus individuos, hacían que se mantuviesen adictos á la corte. El virey,

á quien el rey católico trató de cobarde, murió de pesar, y el cardenal Teodoro Trivulzio, dotado de tanto valor como prudencia, apaciguó aquellos disturbios, prometiendo « paz y un nuevo libro; » pero, como de costumbre, la paz se convirtió en una sanguinaria persecución contra los desafectos, y el libro se quedó en lo que era.

Así, pues, como las causas continuaban sin variación, las rebeliones renacían incesantemente, y la corte no veía otro medio de consolidar su autoridad, sino el de oponer una parte de los Sicilianos á la otra, concediendo á los unos privilegios nocivos á todos, y fomentando los celosos odios entre Catania, Palermo y Mesina. Esta última había conservado un resto de sus antiguas libertades: su Senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles, y la otra plebeyos, cuidaba de dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, ilustres profesores, y de oponer una barrera al gobernador español; acuñaba moneda, y había comprado á fuerza de dinero la exención de los impuestos, que de esta manera pesaban mas sobre las otras ciudades. Estas franquicias no impedían los abusos de autoridad por parte de los vireyes, y el duque de Osuna, que había tenido la ocurrencia de mandar que *todos* los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el último día de Carnaval, hizo poner presos una vez á los magistrados de Mesina, y llevarlos con cadenas por los calles de Palermo. La pretension de Mesina era que se dividiese la isla en dos provincias, para ser capital de una de ellas; pero Palermo evitó el peligro pagando una suma de 500,000 escudos: no conocía (¿y quién lo conocía entonces?) que la prosperidad particular debía proceder de la general y no de la decadencia ajena.

El virey Ayala, hombre vano y petulante, aumentó los odios y las reclamaciones queriendo concluir con los privilegios. El duque de Sermoneta por el contrario, apellidado *Far moneta* (hacer moneda) por sus manejos ilegales, adoptó el partido de los Mesineses, y en recompensa de su fidelidad durante los disturbios de Palermo, resucitó una antigua pragmática, por la cual la seda de toda la isla no podía ser exportada sino desde Mesina. En vano la encontró el rey « contraria á la razón, al derecho natural y á la libertad que debe haber en el comercio, y perjudicial é incómoda en sumo grado á todo el reino; » no por esto dejó la ciudad de sostener aquel derecho, é hizo, valiéndose del tumulto, que el patrimonio real se conformase con él.

Palermo reclamó; Mesina envió personas que sostuviesen aquel privilegio; pero su embajador quiso que se le recibiese como á los de los príncipes soberanos, y el de Palermo se opuso á ello: disputaron con el calor siciliano, é hicieron reír á la corte, que se aprovechó de aquellas rivalidades para oprimir el país; des-

17 de
noviem-
bre.

1610-15

1660.

1661.